

# Prólogo

Son muchas las propuestas que en los últimos años acuden a trazar un panorama más esperanzador en el contexto de crisis profunda que atravesamos. Todavía más abundantes son las críticas a nuestra incapacidad como colectivo global de hacerle frente y de convivir los unos con los otros en solidaridad. Lo más difícil no es ya detectar el problema, sino proponer soluciones. Las páginas que siguen pretenden ser nada menos que una alternativa –otra más– al cúmulo de ellas, pues son siempre escasas a juzgar por la gravedad de la situación. Ésta nos urge y nos insta a involucrarnos desde los ámbitos profesionales de los que provengamos en la formulación y la puesta en práctica de ideas innovadoras que hagan resurgir la confianza en nosotros mismos como sociedad. Idealmente tales ideas son más convincentes y sólidas cuando se elaboran en colectividad, ya que nos atañen a todos y poseen una envergadura y magnitud que trasciende la individualidad. Este libro, en cambio, es resultado de una autoría individual –la mía– y como tal está exento de la riqueza que le hubiera proporcionado un trabajo en conjunto, como suele suceder en los proyectos científicos, en los que cada integrante aporta su esfuerzo y visión al grupo. Los proyectos colectivos escasean en humanidades; sin embargo, este estudio, aunque individual, se ha nutrido durante dos años de una investigación dentro de un grupo basado en la Universidad de Aarhus (Dinamarca) y con proyección internacional mediante colaboraciones con investigadores de España, Alemania, Italia, el Reino Unido y Argentina. La Memoria Novelada, nombre del grupo, ha centrado su investigación durante más de tres años en la novela memorialista española sobre la Guerra Civil y el franquismo. Dentro de este marco, concreto pero flexible, he desarrollado mi propuesta abarcando otras artes además de la escritura

literaria, como son la pintura y las artes escénicas, y he optado por un significado amplio de arte “memorialista” entendiéndolo no únicamente como aquél que da cuenta del recuerdo y testimonio de la brutalidad y el horror perpetuados por guerras y dictaduras militares, sino que integra también la rememoración de cualquier transformación social que aspira a pasar de la injusticia a la justicia, de la indecencia a la decencia, y que es artísticamente exigente. De este modo me ha sido posible trazar una comparación entre distintas artes con el fin de explorar su especificidad en procesos de transformación social y profundizar en el sentido de lo que verdaderamente puede querer decir “arte político”. Indagando en los orígenes de la democracia, que se defiende todavía en Europa como rasgo identitario, he querido saber por qué filosofía y política –dos actividades esenciales para nuestra identidad europea, occidental– han dejado hace tiempo de ir de la mano. Si desde aquella primera escisión, que se remonta al juicio y a la condena de Sócrates, la filosofía se ha entendido primordialmente como actividad del pensamiento y la política como acción es preciso un replanteamiento de ambas que venza una dicotomía tan estricta. La indagación contenida en las páginas que siguen entiende la filosofía como un modo valioso de observar y comprender el mundo, y no como una teorización meramente especulativa que lo conceptualiza. Una dicotomía lleva a otra, pues no se trata de una oposición aislada entre dos conceptos, sino de todo un sistema de pensamiento que prepondera en la tradición de Occidente: la racionalidad enraizada en la Grecia clásica. Otras divisiones dicotómicas, en realidad derivadas de aquella, son alma y cuerpo, ojos y manos, sujeto y objeto, ética y estética, palabra e imagen.

La superación de tales dicotomías no es un asunto fácil de abordar y todavía lo es menos si, una vez alcanzada, queremos ser capaces de llevar nuestro pensamiento todavía más lejos y actuar coherentemente. A este respecto el arte se presenta –a mi entender– como el medio en el que mejor se funden y desaparecen estas dicotomías y, por tanto, encierra la posibilidad de transformar realidades sociales mediante la propuesta de nuevos modos de percepción y de acción. En efecto, el arte aúna pensamiento y acción. No todo arte, también es cierto. Este libro se ocupa de manifestaciones artísticas memorialistas que profundizan en la armonía entre pensamiento y acción, concibiéndolos como actividades indisolubles. A partir de la reflexión sobre tales manifestaciones propongo una reformulación de la noción de “emancipación” que, tal y como la concibió el proyecto promulgado por la Ilustración, situó a la tecnología como medio para alcanzar la autonomía y la felicidad del ser humano. Es urgente ahora ejercer la emancipación al margen de la tecnología y desde una responsabilidad solidaria con los otros. La emancipación, así como la democracia, no son –a juzgar por nuestra historia– inherentes al ser humano, sino que deben aprenderse y practicarse continuamente. Si el arte es hoy

el medio en el que mejor se unen filosofía y política, indudablemente se presenta como un ámbito en el que aprender y ejercer la práctica de la emancipación y los valores democráticos. En este sentido el arte memorialista más innovador supone un medio único, pues integra tanto a vencedores como a vencidos en una revisión de la historia y del arte en sí que trasciende la condenada repetición de una jerarquía entre poderosos y sometidos, arte culto y arte popular, la cual no nos proporciona una visión esperanzadora de futuro. Asimismo, el replanteamiento de la noción de “memoria” y la reflexión sobre los procesos de rememoración en el arte memorialista contemporáneo nos proporciona una visión del tiempo coherente con una emancipación responsable y solidaria que integra a los otros asumiendo sus diferencias. Armonizar nuestro “ser en soledad” y nuestro “vivir juntos”, empleando la noción de Arendt, debería ser nuestro objetivo máspreciado.

En la articulación de esta propuesta de emancipación social y política a través del arte memorialista más exigente he delimitado tres partes fundamentales que son cada una piezas del mismo engranaje. La primera trata sobre la conjunción entre ética y estética en un intento de comprender la especificidad del arte en procesos de transformación social. Paralelamente reflexiono sobre qué significaría una recepción política del arte, sin olvidar que arte significa ante todo “técnica” y que, por mucho que quiera comprometerse con la sociedad para intervenirla, su peculiaridad radica en una depuración de sus recursos estéticos como único modo de ser también ético. La segunda parte se centra en una reflexión sobre el tiempo desde nuestra contemporaneidad, pues tratar sobre procesos de rememoración implica abordar necesariamente el funcionamiento de las temporalidades que generan. He denominado *espacio-temporalidad plena* a un modo de percepción que trasciende la común división espacio-tiempo y que me parece definitoria de la creación y la recepción del arte memorialista que interesa en estas páginas. Cuestiones como la *reversibilidad* del tiempo mediante la recepción activa del arte son fundamentales para el ejercicio de emancipación que debe proporcionarnos un vivir juntos más solidario. En un momento en que una de las preocupaciones primordiales como sociedad es nuestra recapacitación para lograr perfilar un futuro esperanzador, una noción del tiempo en plenitud que suponga la no jerarquía entre pasado, presente y futuro es –desde mi punto de vista– esencial. También decisiva es la lectura acertada de la realidad que vivimos y del mundo que habitamos para ser conscientes de adónde nos estamos encaminando como colectivo. De ahí que también haya dedicado unas páginas a pensar concienzudamente en qué tiempos estamos viviendo exactamente y cómo se nos ocurre denominarlos: ¿modernidad, posmodernidad, altermodernismo, metamodernismo? Finalmente, la última parte del engranaje que es este libro está dedicada a la definición, la reflexión y el funcionamiento de lo que he llamado una *memoria emancipadora*: un ejercicio de rememoración que prescinde de la recons-

trucción de hechos o de recuerdos (es decir, de causas y efectos) confiriendo total libertad de discernimiento en el sujeto para delimitar su identidad.

Así pues, el deseo primordial que enhebra estas páginas y articula sus tres fases principales es la formulación de nuevos modos de percepción y de acción social potencialmente manifestados en el arte memorialista contemporáneo como son la percepción y acción de una *espacio-temporalidad plena* y de una *memoria emancipadora*. Al fin y al cabo, si la política no es actualmente una alternativa debido al desencanto que ha provocado la degeneración y corrupción de la democracia, no significa que el problema sea la política en sí, sino el modo en que la hemos entendido y practicado. Y si la filosofía tampoco se presenta como una alternativa para proporcionarnos modos de pensamiento y de vida convincentes que nos hagan ver y vivir más claro y más allá de estos momentos de crisis se debe probablemente a su voluntario aislamiento del espacio público. Lo mismo podríamos decir del arte, concentrado en manos de poderosos y mercantilizado hasta la saciedad o reservado para los receptores más esnobes o elitistas. Y, sin embargo, nuestra reivindicación de libertades, de un vivir juntos más decente y de una sociedad más integradora y más justa sólo puede responder a valores humanos. La creatividad y la imaginación son, de entre ellos, los más sustancialmente representativos de lo que entendemos por ser humanos y es el arte el ejercicio más libre y creativo de nuestra imaginación. Necesitamos, en efecto, echarle mucho ingenio a la situación de crisis global y local que atravesamos para que economía, política, filosofía y cultura se articulen sin jerarquías y trabajen conjuntamente para la felicidad del mundo. Las páginas que siguen se encuentran en la encrucijada de unos tiempos de incertidumbre y desesperación y proponen el desafío de la esperanza.